



Christopher DE HAMEL, *Meetings with Remarkable Manuscripts. Twelve Journeys into the Medieval World*, Nueva York, Penguin Press, 2017, 640 pp. ISBN: 978-15-9420-611-5.

Hablar de Christopher de Hamel es hacerlo de alguien que ha pasado, y que pasa, su vida entre manuscritos. Ha trabajado para la casa de subastas Sotheby's catalogando manuscritos iluminados, es Fellow del Corpus Christi College en Cambridge y, hasta hace poco, también ha sido bibliotecario en la Parker Library de Cambridge. Su carrera como paleógrafo y codicólogo es abrumadora, habiendo publicado, entre otros trabajos: "Scribes and Illuminators" (1992), "A History of Illuminated Manuscripts" (1994), "The Book: A History of the Bible" (2001) o "The Rothschilds and their Collections of Illuminated Manuscripts" (2005). Es extraño, pero puede decirse que De Hamel ha conseguido situar la codicología y el estudio de los manuscritos en las estanterías de los libros más vendidos en lengua inglesa. Tiene en su haber varios premios e incluso es frecuente ver este "Meetings with Remarkable Manuscripts" como atrezzo en diversas series de televisión inglesas y norteamericanas. Sin duda como un reflejo de los gustos intelectuales de los protagonistas que aparecen en ellas. Algo de lo que pocos pueden presumir.

Solo puedo decir que el libro que ha compuesto De Hamel es maravilloso. Es un auténtico libro de viajes a través de bibliotecas, museos, palacios y otros lugares de asombrosa historia donde se conservan algunos de los principales manuscritos del mundo. Son doce las obras que se abordan en el texto, entre las que se incluyen el "Codex Amiatinus", el "Libro de Kells", el "Beato Morgan", el "Salterio de Copenhague", el libro de horas de Jeanne de Navarra y el "Spinola" o el "Semideus Visconti". La ordenación propuesta en el volumen es claramente cronológica, del manuscrito más antiguo ("Evangeliario de San Agustín") al más moderno ("Libro de Horas *Spínola*"). Dentro ya de cada una de las obras, De Hamel sigue siempre la misma estructura, relatando su llegada al centro donde se conserva el manuscrito, su acceso a la sala de consulta y sus impresiones una vez que está frente al libro. Después pasa a describir la obra, lo que incluye su colación, su escritura (muy someramente) y las imágenes que contiene. Trata de identificar a quien lo encargó y a quien lo compuso, como también traza su devenir desde que fue confeccionado hasta llegar a la institución donde se encuentra depositado.

De Hamel huye, en la medida de lo posible, de tecnicismos. Quiere hacer un libro que cualquiera, aunque no tenga conocimientos de Codicología, Paleografía o Historia pueda disfrutar. Y lo consigue. Hace gala de un sentido del humor terriblemente

sarcástico con el que se enfrenta a la forma en que es recibido en las distintas bibliotecas y museos, cada una con sus peculiaridades en cuanto a personal y normativa. Los lectores no podrán olvidar el folleto de la Morgan Library and Museum (Nueva York) en el que se pide expresamente a los usuarios de la sala de manuscritos que no lleven las uñas pintadas o cómo en la Biblioteca Nacional Rusa (San Petersburgo) le ofrecieron chocolate mientras consultaba uno de sus volúmenes más preciados.

Como ya se ha comentado, De Hamel se detiene especialmente en procedencias e iluminaciones, que describe con puntualidad y agudeza. Y no tiene piedad cuando de juzgar la calidad de una obra se trata. Pocos se atreverían a afirmar, como él mismo confiesa haciendo uso del sarcasmo una vez más, que la representación de la Virgen con el Niño que aparece en el “Libro de Kells” es “terriblemente fea”. En este sentido, reconoce el valor económico del manuscrito y la exquisitez de su escritura, pero no hace lo mismo con sus representaciones artísticas, ni con su “impaginato”, que considera demasiado sencilla.

Para De Hamel estar ante una de estas magníficas obras es un privilegio. Realmente, pocas personas han podido disfrutar de alguna de ellas y, mucho menos, de todas. Pero para él no se trata solo de una experiencia de corte intelectual, sino que es algo mucho más profundo. Es una vivencia absolutamente sensorial. Cada uno de estos manuscritos tiene un tacto diferente, un olor característico, un sonido particular, un aspecto inconfundible. Un cúmulo de sensaciones que es capaz de transmitir al lector como si éste se encontrase sentado junto a él en la misma sala de consulta. Nos hace partícipes de sus alegrías cuando le permiten acceder al manuscrito que desea y de sus frustraciones cuando las trabas administrativas se lo impiden. Y siempre tiene una palabra de reconocimiento para quienes le han ayudado en su carrera, le han aportado ideas innovadoras o le han inspirado nuevos caminos que seguir en sus investigaciones, aunque fuese en meras charlas informales en la cafetería de alguna biblioteca.

El contexto histórico que aporta para cada manuscrito es impecable, como lo es la investigación de su posible autoría y el relato de su acontecer desde que fue producido. No es raro que podamos viajar desde la corte de reyes anglosajones o normandos a las actuales casas de subastas, pasando por los recónditos “scriptoria” mozárabes, las cortes de la Italia renacentista o la Alemania nazi. Cada obra ha recorrido mil y una aventuras hasta llegar a donde se encuentra en la actualidad. Aventuras en las que no es extraño que se vieran envueltos distintos poseedores o incluso coleccionistas sin escrúpulos como Piotr Dubrowsky o Guglielmo Libri, éste último incluso un reconocido falsificador.

La cultura hispana se encuentra representada a través del “Beato” que se conserva en la Morgan Library and Museum de Nueva York. Es curioso, pero De Hamel no se plantea en ningún momento visitar una biblioteca española. No lo hizo para la confección del libro y no parece que lo vaya a hacer en el futuro. Habiendo recorrido media Europa y las mejores colecciones norteamericanas, sería un grave error no dar una oportunidad a los fondos de las instituciones españolas, que tanto han hecho por la difusión de sus manuscritos más relevantes en los últimos años.

Por otro lado, es necesario advertir que todos los códices presentados por De Hamel son latinos y de procedencia occidental. Fuera quedan los manuscritos anglosajones, hebreos, árabes, cirílicos, góticos o glagolíticos, entre otros. Algo que, por otra parte, daría lugar a una obra con un cariz y un objetivo muy distintos. Esperemos,

simplemente, que alguna editorial en lengua española acometa pronto la tarea de traducir este excepcional trabajo y que estos auténticos tesoros de la cultura occidental no permanezcan durante mucho tiempo más en el anonimato para aquellos no iniciados en los sinuosos caminos de la historia de la escritura.

Bárbara Santiago Medina
Universidad Complutense de Madrid
bsantiago@ghis.ucm.es